

El viaje a Euterpe

Relato ganador de Narrativa en Castellano en el XIV Premio de Literatura Breve Vila de Mislata 2016. Publicado por el Ayuntamiento de Mislata.

© Manuel Dorado, 2016.

Yo también le hubiese pegado un chicle en el pelo a aquella señorona si me hubiera dicho lo que le dijo a Dorleta. No es un acto propio, por supuesto, de personas bien enseñadas y respetuosas, como mi pequeña peluquera, pero comprendo perfectamente lo que ella debió de sentir cuando la clienta del pelo fucsia-ardor empezó a hostigarla. Era como todas, la señorona: clientas de bocas grandes y sonrisas estiradas como ballestas. Venían de la calle del Vizconde de Rosill, de Duque de Plazas, de General Maurer, y contaban a las muchachas de pueblo, que las peinaban todos los días, las historias de sus hijas, que se movían como princesas en coches de aerotracción, entre el club y la facultad, la facultad y el vermú, el vermú y el chalé, el chalé y el club.

—Mi hija, Laurita, ha conocido en el Círculo a un chico —decía la bruja del pelo fucsia-ardor—. Parece que van en serio. Él es ingeniero de artefactos, raíles y atraques; muy bien situado...

Dorleta se imaginó el trozo de goma de mascar que sabía a chicle que una vez supo a fresa, allí, mimetizado entre los rizos refulgentes. Y disparó un fogonazo de laca-gel sobre el pelo de la cotorra, ahogando el cacareo durante unos segundos escasos.

—¿Y tú?, ¿por qué no te buscas un novio?, un fogonero, por ejemplo. Hija, no estás tan mal.

Dorleta le pegó el chicle en el pelo. Y punto.

La cotorra se levantó, pagó a la cajera y se diluyó en la ventisca que había más allá del ventanal ovalado de la peluquería. Un día oscuro, inquieto. Dorleta contempló cómo desaparecía el peinado fucsia con el chicle de fresa adherido a un bucle.

Después movió la mandíbula y comprobó que el chicle que una vez había sabido a fresa seguía ahí, en su boca. Y no en el rizo fucsia-ardor. Dio un golpe de brazo y el delantal negro que tenía en la mano restalló en el aire cargado de aerosoles de la peluquería. Varios pelos rosados cayeron al suelo, sin prisa. La realidad, pensó Dorleta, era que ella siempre se quedaba con su chicle en la boca y las señoronas se iban con sus abrigos caros y sus hijas con novios que eran ingenieros de muchas cosas.

La puerta de la peluquería se abrió y entró otra señorona con el pelo azul-neón despeinado entre jirones de ventisca, que se disolvieron al instante en el olor a laca. La mujer sonrió a Dorleta con una mueca llena de dientes grandes y separados como los de un orangután. Parecía que en los días crudos de noviembre todas las señoronas venían a guarecerse al calor de los secadores, junto a la compañía cándida y pobretona de las chicas de pueblo, que decoraban sus cabezas y escuchaban sus historias. Dorleta le devolvió una sonrisa plana, de muchacha de pueblo aturdida, y tocó el respaldo de la silla de su puesto de cortar y peinar.

—Chica, no sabes qué atasco hay en Condesa de Bellaver —dijo la clienta mientras se acomodaba en el respaldo mullido—. Los aerodinos se han estacionado por la ventisca y mi chófer no podía circular. Menos mal que Sophie, mi hija mayor, ha llamado a su novio, que es director general de urbanismo y circulación —ya te conté—, y por supuesto, inmediatamente me han sacado de la ventisca y del atasco de los aerodinos...

Cuando Dorleta salió de la peluquería, la ventisca había pasado y los aerodinos circulaban con normalidad. Corrió para coger el suyo,

el de la línea ocho, que la llevaba todos los días a su piso en el casco antiguo. Ninguno de los panaderos, mecánicos, ebanistas, dependientes, curtidores, todos con sus gorras de paño jaspeado o gris o a cuadros, sonrió a Dorleta. Las costureras, sirvientas, doncellas, camareras, tampoco lo hicieron. Sus miradas solo podían recibir con un mohín la entrada de otro pasajero más en el vagón. Aquel transporte estaba tan atestado de gente y olores que casi no se atrevía a levantar su peso para surcar el cielo de la ciudad. Solo un joven de mirada perdida y marrón, se quitó su gorra de fieltro azul-negro y se levantó frente a Dorleta. En los extremos de sus labios había dos pliegues mínimos. Todo hacía pensar que aquello era una sonrisa.

—Siéntese —dijo el joven, con una voz dulce y profunda como el cacao templado—, yo me bajaré aquí. —Y se escurrió entre los cuerpos del vagón antes de que Dorleta alcanzase siquiera a darle las gracias.

Cuando los dirigibles del aerodino elevaban ya los vagones para enfilarse por la línea ocho, a Dorleta le pareció ver la gorra azul-negro entre la multitud de cabezas, que abarrotaba las aceras de la calle del Mariscal Faro.

¿Qué vio mi pequeña pueblerina en aquel joven? No lo supe con exactitud en ese momento, pero sí me convencí de que ya no conseguiría olvidarse de él. Me lo dijo su voz: su timbre menudo, distraído, demasiado distraído.

Aunque ella me contó el encuentro como me solía contar todo lo que le pasaba cada día. Lo que había hecho, lo que había sentido, lo que había pensado. Como siempre. Me contaba todo mientras me rascaba el cogote con sus manos de color de leche con miel. Y cuando ya no le quedaba nada por contar, me hablaba de sus sueños, de su intención de irse a vivir un día a la isla de Euterpe, de encontrar al amor de su vida e irse allí, a la isla, con él. Siempre sueños. Siempre cosas imposibles, claro. Dorleta no tenía dinero para pagar el nucleorraíl que va a Euterpe. Podría haberse pagado,

quizás, un aerodino; pero los aerodinos no llegan tan lejos. Y el mar de Euterpe no es navegable, por su profundidad extrema, lo sabe todo el mundo; ni siquiera se pueden poner telegramas a la isla debido a la fosa de los Abismísimos, que al no tener fondo, no permite que se anclen los postes del telégrafo. Imposible. Solo se puede ir en el viejo tren del nucleorraíl o, claro, transmutarse uno en luz para viajar adonde quiera, como hacen los fotones. Y ¿quién puede pagarse el nucleorraíl? Dorleta, no. Pero ella, a pesar de todo, cerraba los ojos y se paseaba por las playas de Euterpe, todas las noches un poquito. Todas. Y yo, con ella. Después se tomaba su chocolate caliente con castañas asadas y nos íbamos a dormir.

El castaño de la esquina de Mayor con la Tercia se lo decía todos los días. Dorleta sabía que no era fea; ni mucho menos. Y él, todos los días le recordaba que era muy guapa, que con esos ojos verdes y tristes (como los míos), y esa sonrisa de niña buena enamoraría a quien quisiese; que se arreglase más el pelo, que para eso era peluquera; nada de esa coleta, que el pelo negro y liso como el de ella, suelto, a la antigua usanza, era lo mejor; o que se hiciese un corte moderno, que ella sabría, que él estaba anticuado para esas cosas. Y ella le decía que sí, que se arreglaría y se haría un buen peinado, quizás de varios colores muy llamativos.

Decía esto mientras compraba el cucurucho de castañas asadas que luego traía a casa para cenar. Aunque pensaba que nunca lo iba a hacer, que no cambiaría de peinado, que no buscaba novio, que en realidad lo que buscaba, como cualquier otra chica, era el amor de su vida. Y para eso, las mechas de colores eléctricos que se llevaban entonces, no servían. Y claro, no encontrábamos novio.

Las dos chicas de pueblo que vivían con nosotros en el piso de la calle Mayor tenían ya prometido. Pero Dorleta, nada. Las otras dos, en las tardes de domingo, entraban y salían de nuestro piso, del tamaño de una postal, como si en realidad aquello fuese un palacio.

Reían con gorgoritos y saltaban como jilgueros al encuentro de sus muchachos de gorras de fieltro pardo y ademanes pausados. Pero Dorleta, nada.

Hasta aquel día de la ventisca.

Era, desde luego, un día de grandes cambios: lo anunciaba el tiempo. Aquel noviembre había sido tan soleado que los cerezos del parque estaban empezando a echar brotes nuevos antes incluso de perder las hojas del año anterior. Nadie esperaba ya el frío. Entonces, un día antes del encuentro con el joven de la gorra azul-negro, los telégrafos del norte repiquetearon furiosos la noticia: llegaba el invierno. Y el día siguiente, en efecto, despertó con una ventisca de hielo y nieve que hizo crujir las vigas de madera de todo el edificio. Dorleta se restregó con los nudillos los ojos verdes y tristes, como los míos, y empezó el día con un salto de acróbata, como si no estuviésemos bajo cero en aquel cuarto del tamaño de un cubito de hielo. Luego se fue a la peluquería..., pasó lo del chicle de fresa, las señoronas, sus chismes, sus dientes grandes, en fin, lo de siempre. Cuando Dorleta salió del trabajo, las nubes se habían tragado ya su ventisca y los aerodinos surcaban el cielo marengo de la ciudad, con su parsimonia habitual. Ella cogió el de la línea ocho, como de costumbre, y se encontró allí con el joven de la gorra de fieltro azul-negro. Después, ya lo sabemos, lo perdió de vista.

Dorleta bajó de aquel aerodino dos paradas antes de la suya. Siempre lo hacía, le gustaba pasear; pero esta vez, además, sentía que necesitaba caminar, pensar, soñar. Y anduvo vagando por todas las calles estrechas con tiendas pequeñas que forman el casco antiguo. Recorrió todos los caminos que solía andar, se fijó en todos los jóvenes con gorra azul-negro. Pero ninguno era él. En realidad no lo buscaba, o eso se decía a sí misma, pero no podía dejar de mirar cuando se cruzaba con alguna gorra azul entre el gentío que llenaba las aceras.

Había oscurecido del todo cuando empezó a bajar la cuesta de la calle de la Tercia. Muchas tiendas cerraban ya a esa hora, pero

algunas todavía estaban repletas de curiosos. Las librerías, las casas de té, las de instrumentos musicales, parecían no poder echar nunca de allí a sus clientes. El interior de madera de aquellas tiendas minúsculas despedía una luz amarillenta, como de bombillas de ámbar, que las hacía tan acogedoras que no era extraño que nadie quisiese abandonarlas. Las dependientas, obviamente hartas ya de estar allí, y mordisqueándose los labios por la contrariedad, parecían desear meter unas obras completas, un paquete de té con anacardos o una viola de gamba entre los dientes del último comprador y mandarlo a su casa de una santa vez. A Dorleta, que las veía desde la acera a través de los ventanales ovalados, las caras de las muchachas le provocaron una sonrisa minúscula. Suponía que todas aquellas dependientas se morirían por pegar un chicle en el pelo de sus feligreses.

Cuando llegó a la esquina de la Tercia con Mayor, aún sonreía. Jonás, el castaño, debió de ver algo en sus ojos, en su sonrisa pequeña como un alfiler, porque nada más acercarse ella para pedir su cucurucho de castañas, le dijo:

—Niña, tú te has enamorado.

Dorleta sintió que las flamas, que escapaban desde el bidón de brasas, subían por encima de la llanura de castañas y le lamían los pómulos. Supuso que su cara, habitualmente pálida como la leche recién hervida, cambiaba a un color próximo al de aquel chicle que una vez había sabido a fresa.

—¿Yo?, ¡qué va!

Jonás la miró con una sonrisa muy, muy larga, que estiró su cara chata separando los pelillos blancos de su barba hasta hacerlos parecer puntitas de nácar aisladas en su mentón.

—Toma, niña —dijo Jonás, y puso un cucurucho de castañas en las manos frías de Dorleta.

Ella acarició el papel de periódico caliente y le dio una moneda de cobre a Jonás. Él, entonces, cogió una castaña del centro mismo de la tapa agujereada del bidón de brasas. No utilizó las pinzas ni la

paleta, la cogió con la mano, como si no quemase a pesar de estar encima de las ascuas, en el centro mismo del incendio. Se la dio a Dorleta y ella la cogió mirándole a los ojos. Si la mirada de Jonás decía que la castaña no quemaba, ella podía confiar en que sería así. Él la quería mucho, como si fuera su hija, le había dicho en una ocasión; y ella lo creyó.

—Está fría —dijo Dorleta.

—Es una castaña especial.

—¿Y qué tiene de especial, salvo que no se calienta en las brasas?

—Es un regalo. Te ayudará.

Dorleta mantuvo la mirada unos segundos en los ojos grises del castaño. Jonás, estaba segura, le acababa de hacer un gran regalo, aunque ella no lo comprendiese todavía.

—Gracias, entonces —dijo.

—Te ayudará —repitió Jonás, sin perder la sonrisa que hacía que sus orejas pequeñas se separasen una distancia infinita.

Yo, nada más ver a Dorleta entrar por la puerta del cuarto, noté la castaña en su bolsillo. Se veía a la legua: ¡Una castaña transmutadora, nada menos! Hay que querer mucho a una persona para regalarle algo tan especial. Los castaños son así, gente de bien. Era evidente que la vida de Dorleta iba a ir a mejor. Pronto.

La mañana siguiente no fue mucho mejor. Una señorona con el pelo amarillo-pollito entró dando coces en la peluquería y se empeñó en que Dorleta le hiciese rizados imperio.

—Si las chicas de pueblo no saben, que venga la dueña. ¡O me voy a otra stéticienne! —dijo la bruja, enseñando mucho sus dientes de cebra.

Dorleta buscó los rulos de noventa pulgadas. Los encontró olvidados, aborrecidos, en el fondo del último cajón de su puesto de cortar y peinar, y los desarmó todos. Después se dirigió a la señora,

con media sonrisa y mucho miedo. Buscó en el bolsillo de su bata negra de peluquera un chicle de plátano; lo encontró y observó su color: era casi igual al del pelo amarillo de la cebra. Respiró despacio, se metió el chicle en la boca, lo apretó entre sus dientes y se concentró en montar la armadura de rulos en aquella cabeza que no paraba de hablar.

Consiguió mantener el gesto y la concentración inmutables hasta que estuvo a un paso de concluir. Llegado ese punto, se mordió con fuerza el labio superior y contuvo la respiración para armar el último de los rulos, esperando que no se desmontase toda la estructura de cilindros en la cabeza amarilla de la cebra, que seguía hablando sin parar. En ese momento se abrió la puerta y Dorleta maldijo a quien la hubiese abierto, sin apartar la mirada del rulo final. Aquella mañana había traído una nueva ventisca, más leve que la del día anterior, pero igualmente fría y oscura. Unos copos de nieve avanzaron, incorpóreos, por la peluquería y se posaron sobre los pelos amarillos que había en el suelo, a los pies de Dorleta. Sin querer prestarles atención, sin moverse, sin respirar, vio cómo los copos se derretían. Apretó los dientes un poco más para terminar su obra civil. Pero un frío repentino, como una colección de pequeños pinchazos en la nuca, consiguió finalmente sacarla de su concentración de artificiero.

Justo a tiempo de armar el último rulo.

No hubo desplome. Dorleta cerró los ojos, aspiró despacio por la nariz y exhaló el aire con un golpe de pecho.

Después contempló los dos metros de diámetro de la armadura en la cabeza amarilla-pollito. La señorona hablaba con su boca de cebra de no sé qué hija suya y un almirante de la armada. Hacía frío, el mismo frío que le había pinchado en la nuca; quien hubiese abierto la puerta debía de mantenerla entornada. Fue entonces cuando Dorleta sintió como si la castaña especial de Jonás se calentase en el bolsillo de su rebeca. Se desabrochó un botón de la

bata negra de peluquera, metió la mano y tocó la castaña: ¡estaba ardiendo!

—¿Podrían cortarme el pelo? —dijo una voz masculina desde la entrada.

Dorleta miró en el espejo la imagen del joven que estaba de pie junto a la puerta. El flequillo largo le tapaba los ojos, pero había algo en aquel fantasma reflejado que...

—Eso depende. ¿Qué estilo? —dijo la dueña. Dorleta la vio también en el espejo: la barbilla alta y los ojos entornados, apenas dos líneas horizontales y oscuras en su cara. La bruja de la dueña no pensaba cortar el pelo allí a aquel estudiante; si es que era estudiante.

—Estilo Clark Gable —dijo él.

Entonces Dorleta ladeó la cabeza y, entre los botes de laca-gel y agua de peinado que había en la estantería del espejo, apareció la imagen reflejada de una gorra de fieltro que el joven sostenía con las dos manos. Dorleta sintió cómo su corazón daba un golpe contra la rebeca.

—¡Ni pensarlo! —aulló la dueña de la peluquería—. Esto es un negocio con clase. Nadie lleva el pelo así en este barrio...

¡La gorra era azul-negro!

El joven se quitó el pelo de los ojos y Dorleta vio su mirada marrón miel, la misma del día anterior, sonriendo a la dueña, con sus dos arrugas diminutas a ambos lados de los labios.

—Gracias de todos modos —dijo el joven, sin perder la sonrisa. Se puso la gorra y salió.

«¡Es él!», pensó Dorleta, y sintió cómo su cuerpo se iba, salía de allí, sin abrigo ni nada, con su bata negra de peluquera chocando contra los copos brillantes de la ventisca, en busca de aquel hombre...

—¡Chica!, ¿estamos a lo que estamos? —rebuznó la cebra de pelo amarillo-pollito.

Dorleta le pegó el chicle de plátano en el hueco de un rulo.

Solo el peso de aquella golosina hubiese bastado para desarticular la estructura de cilindros que pronto sería el peinado de la señorona. Pero Dorleta movió la mandíbula y comprobó que su chicle, que una vez había sabido a plátano, seguía allí. Y la estructura de rizos imperio de la cebra, también.

Tendríais que haber visto su cara cuando me lo contó esa noche: sus ojos pestañeando al ritmo frenético de los telégrafos que dan buenas noticias, y los hombros salidos hacia delante como si quisiera estirarse sin mover un solo músculo. Mientras me hablaba de él, del Clark Gable de la gorra de fieltro azul-negro. Después enchufó el gramófono, colocó el microsuro de Nat King Cole y escuchamos *Ansiedad* una y otra vez, como si Nat nos cantase desde la mismísima isla de Euterpe. Casi podíamos oír las olas tumbados sobre nuestra cama del tamaño de un botón. Era tan feliz, Dorleta.

Lo difícil, claro, me dijo después de escuchar siete veces el bolero, era encontrar a Clark Gable. Pero había algo que la ayudaría: la castaña transmutadora, por supuesto. Aunque Dorleta no lo sabía. Así que, cuando ella empezó a arrugar los labios y a suspirar por encima de *Ansiedad*, repitiendo que ya jamás lo encontraría, yo le toqué con una de mis patas el bolsillo de la rebeca donde abultaba la castaña. Dorleta se incorporó con uno de sus saltos de acróbata.

—¡Se calentó cuando él entró en la peluquería! —dijo.

Y fue de este modo como ella inició la búsqueda de Clark Gable.

Todos los días recorría las calles por las que creía haberlo visto. Todos los días tomaba el aerodino a la misma hora en que lo hizo cuando lo vio por primera vez. Entró en todas las peluquerías del centro, preguntando por alguien que pretendía hacerse un peinado al estilo Clark Gable. Tocaba su castaña especial —como ella llamaba a la castaña transmutadora— esperando que esta se calentase y le mostrase el camino, como en un juego de veo-veo. Y nada. Volvía

todas las noches cuarteada por el frío, sin señal del joven de la gorra azul-negro y los ojos marrón miel, y ni el más mínimo calor en la castaña.

Hasta que volvió la ventisca.

Dorleta acababa de pegar un chicle, que una vez había sabido a clorofila, en el pelo verde y lacio de su última clienta. Esta le enseñó sus dientes colosales como última muestra de la alegría que le daba casar a su hija con el barón de Gras. No había terminado de devolverle la sonrisa, cuando Dorleta mascó su chicle sin querer y la realidad se lo devolvió intacto desde el pelo verde de la futura suegra del barón. Después miró hacia la calle y comprobó que había anochecido. Las otras peluqueras se habían marchado ya; solo quedaba ella. Los demás locales de la calle también habían cerrado y supuso que su peluquería se vería ahora como las tiendas de música, las casas de té y las librerías de la calle de la Tercia: arrojando una luz tibia y enjaulada desde los ventanales ovalados, y dentro, una dependienta de sonrisa torcida despidiendo a la última clienta del barrio.

La futura suegra del barón cerró la puerta y unos copos revoltosos se colaron en la peluquería. Se arremolinaron y dieron brincos en el aire hasta estrellarse contra el espejo frente al que trabajaban las peluqueras. Dorleta miró los puntos de agua en que se había convertido aquella nieve despistada, cogió el secador de su puesto de cortar y peinar y lo apuntó hacia el espejo, para evaporar las gotas sin dejar huellas que después tuviese que limpiar. Le pareció que la castaña especial se calentaba en el bolsillo de su rebeca, pero no quiso prestarle atención; estaba demasiado cansada para seguir con la búsqueda esa noche.

Entonces la vio: una gorra azul-negro cruzó el espejo desde una punta a la otra, por el ventanal ovalado que se reflejaba en él. Dorleta sintió cómo sus ojos, verdes y tristes como los míos, se abrían, redondos y grandes para no perder detalle de aquel joven que acababa de cruzar por su espejo; por su ventanal..., ¡frente a la

peluquería! Se volvió hacia la calle, el secador saltó de sus manos, como movido por una esencia propia que lo destrozaría contra el suelo, y Dorleta se abalanzó hacia la puerta.

Llegó justo a tiempo de impedir que el joven torciese la esquina y se perdiera de nuevo. La castaña empezaba a quemar cuando Dorleta gritó:

—¡Espera!

El joven de la gorra azul-negro se detuvo al instante. Se giró despacio.

El flequillo le tapaba los ojos.

Era él.

—¡Te corto el pelo! —fue lo único que se le ocurrió decir a Dorleta.

El joven se apartó el flequillo de la cara y la miró fijamente con sus ojos marrones. Sonrió y la piel junto a los labios hizo dos arrugas pequeñas.

—¡Estilo Clark Gable, con la raya bien marcada a un lado y con mucha gomina! —insistió Dorleta.

—¿Seguro? —dijo él desde la esquina.

Parecía haber asumido que nadie en aquel barrio le iba a cortar el pelo. Dorleta se quedó embobada en las dos arruguitas de su media sonrisa.

—¡Ven! —dijo al fin.

Y él fue hasta ella.

Y ella le cortó el pelo al estilo Clark Gable.

Y él se enamoró.

O algo muy parecido debió de pasarle. Lógico, por otra parte: las manos de Dorleta, del color de la leche con miel, acariciándole la cabeza; sus ojos verdes y tristes, como los míos, sonriéndole sin parar; su pelo, sin colores estridentes, negro y liso, de un estilo tan anticuado como el de Clark... Yo también me hubiese enamorado de

ella. La castaña no dejó de quemar en el bolsillo de la rebeca mientras Dorleta lo peinaba. Y la peluquería se convirtió en una tienda de instrumentos musicales que siguieron sonando mucho después de que los dos la abandonaran esa noche.

Dorleta encontró por fin el amor de su vida.

Días más tarde yo conocí por fin a Clark Gable y su gorra de fieltro azul-negro. Me pareció un joven apuesto, sí, y me cayó simpático. Dorleta me acarició el cogote cuando entraron en nuestra habitación del tamaño de un transatlántico, y él se acercó e hizo lo mismo. Me gustó cómo me cogía el pelo albino y me arrebujé contra su mano.

Dorleta sonrió con su sonrisa de alfiler al verme tan dócil. Entonces supe lo que iba a pasar. La castaña transmutadora brillaba ya en el bolsillo de la rebeca, yo la podía ver muy bien. Clark Gable se acercó a Dorleta. Frente a frente. Ella se alzó sobre las puntas de los pies, se apoyó sobre el pecho de él y levantó la barbilla. Cerró los ojos. La castaña emitía una luz blanca que me empezó a cegar. Clark torció la cabeza.

Y la besó.

La luz de la castaña se condensó en la habitación como si fuese vapor de agua incandescente. Yo tuve que meterme debajo de la cama para que no me quemara aquel fulgor.

Y ya no los vi más.

Días más tarde, el comisario Cepeda husmeaba por el piso. Se puso sus gafas de retroiluminación, observó el cuarto y sentenció:

—Otro caso de transmutación en luz.

El agente Cliff tosió.

—No sé qué vamos a hacer si esto sigue así —siguió diciendo Cepeda—. Ya van nueve en este mes.

—Diez, con esta —dijo Cliff.

—Diez.

«Claro, con una castaña transmutadora en el bolsillo y el amor de tu vida pegado a los labios, cualquiera se convertiría en luz», pensé yo.

—Pobre chica. ¿Adónde habrá ido a parar? —dijo el comisario.

—¿Y el gato? —preguntó Cliff, apuntándome con su libreta de notas—. Parece un minino gondolés. Dicen que tienen más de ocho sentidos, que entienden todo lo que hablamos y que desarrollan poderes supranaturales.

—Habladurías. Habrá que llamar a los servicios municipales de exterminación.

Yo estaba a punto de saltar por la ventana cuando Cliff me rascó el cogote. No pude ni moverme del gusto.

—Si no le importa, señor comisario —dijo Cliff—, me lo podría llevar yo. Para Sara, mi hija.

—¿Tienes una hija?

Y es así como terminé en casa de Cliff, al cuidado de una de las muchachas más dulces de este barrio lleno de faroles amarillos al oeste del río. Estoy seguro de que algún día Sara también encontrará a alguien que le permita transmutarse en luz; aunque aún es joven para eso, desde luego. Habrá que buscar un castaño y...

Y ¿Dorleta?

En la isla de Euterpe, diría, con Clark Gable. No lo sé a ciencia cierta, pero me lo dice mi octavo sentido.